

## LATROCINIOS

---

Después que el Hacedor imprimió á fuer de señor y dueño, su sello divino sobre cielos y tierra, continentes y mares, seres y cosas, subió al Sinaí y escribió: *No hurtarás*. Desde entonces es grave pecado *apoderarse* de las cosas ajenas. La coletilla inserta en el Código *contra la voluntad de su dueño*, es sencillamente un pleonasmó, pues fácil es colegir que no cabe apoderamiento con justo título sino de lo que es propio, y que á nadie agrada ser despojado, aun siendo tan complaciente como el personaje de cierto pasillo, ó lo que fuere, el cual, según es fama, gustaba de que le diesen con la badila en las coyunturas.

Lo más lastimoso es que, ya sea por hambre ó por maldad, por fuerza irresistible, ó por el gustazo de llevar la contraria á Moisés, la gente roba que es un encanto, y el número de delincuentes alcanza ya una cifra capaz de aterrorizar á todos los propietarios de bienes fungibles.

Parecía natural que, puestos á robar, los desdichados colocados en tan arriesgado y amargo trance, codiciaran lo que hay mejor en sentir de los místicos y los filósofos de todos los tiempos: La sabiduría junta con la tranquilidad del ánimo. Nada de eso: lo que roban es el dinero ó cosa que lo vale. No se da un solo caso de que los bandidos lo sean de ideas sanas, de enseñanzas, de ejemplos. No se sale al camino en demanda de una ley económica ó de un nuevo procedimiento artístico, sino de la bolsa y del modesto bagaje. No se entra de noche en el hogar ajeno á sorprender tesoros de investigación, sino faltriqueras y arcas cerradas. Siendo, en fin, el trabajo fuente de todo bien, jamás aparece un escaló en depósito alguno de azadones, sino, antes bien, en joyerías, tesorerías y oficinas de banca y cambio.

Hay para ello una razón potísima. Los defensores del orden social, que antes pregonaban las excelencias de una virtud á lo Epícteto, del trabajo y la actividad, se han echado ahora á ensalzar la respetabilidad, excelencia y prerrogativas del capital. Buscando las gentes lo mejor, y declarado el capital trabajo acumulado virtud concreta, actividad solidificada y bienestar justo y supremo, tontos serían y mentecatos los Rinconetes y Pasamontes en buscar trabajo

y actividad y virtud por caminos largos y penosos, pudiendo encontrarlo todo por el real de la holganza en su concreción más completa y maravillosa.

Hubiera seguido la Iglesia predicando lo mismo que en los primeros siglos de fatigas, continuara el Estado practicando las primitivas leyes hebráicas, y á buen seguro que no fuera tan codiciado aquello que, acarreadora perdición eterna, debía perderse en el año del jubileo. Buscaríamos entonces, no el oro, signo tan solo de riqueza, sino la riqueza misma; no el numerario, medio de bienestar, sino el bienestar propio, que no se conseguiría heredando, ni robando, ni engañando á sus semejantes, sino viviendo en paz con cielos y tierra y practicando aquella moral estoica que tanto engrandeció al gran Antonino.

Pero declarar que el trabajo es algo que debe ser sometido; hacer gala de despreciarle, pronunciar que el capital es virtud y querer que no despierte jamás la codicia, es una contradicción y un absurdo. Entre acumular trabajo ó llevarse lindamente el acumulador, los hombres de conciencia flexible, que son casi todos, optan por lo segundo. Entre prepararse un cuarto de siglo para llegar á ganar seis mil reales ó apoderarse de ellos en un día, engañando, sofisti-

cando, cometiendo fraude ó violencia, eligen la senda más expedita. Y luego los de abajo, los del montón, quieren seguir igual ejemplo y entrar en el templo del bienestar por idéntica puerta; y esos son los que, casi siempre, al andar en el quicio, se cogen los dedos...

¡Y luego la historia!... Abunda en detestables ejemplos. Casi todas las reglas morales son las de Fernando el Católico, y casi todas las cuentas las del buen Gonzalo de Córdoba. Al *timo* de las ovejas de Laban precede el despojo de Esaú, y sigue una serie de guerras, contiendas, catástrofes, cuyo objeto principal es siempre la rapiña.

Apenas si se habla de bienes en la historia que no hayan sido adquiridos con sangre. Los ladrones ven esto y se engríen, creyéndose descendientes de Gengis Kan, de Alarico, y aun de los héroes de las Cruzadas. Para castigarlos urge declarar, ante todo, á la ciudad y al mundo, que la mayor parte de los héroes históricos fueron unos solemnes bribones.

Lo que no cabe es abominar del despojo de hoy y ensalzar el de hace seiscientos años; decir que el capital lo es todo y pretender que nadie lo codicie; perseguir al trabajador con trabas, exacciones, impuestos, leyes de represión y querer que la gente trabaje, de-

jar impunes los delitos y lamentar que haya delincuentes. Por acostumbrados que estemos al ilogismo, hace falta que pongamos de acuerdo la filosofía con la moral, la historia con la educación y la tierra ofrecida á los hombres con el cielo prometido á los justos.

## EL ALMA ESPAÑOLA

«...¡Que me maten si no quiere mi señor volver á ser caballero andante!» A lo que dijo Don Quijote: —«Caballero andante he de morir.»

«—Hánme dicho, seor coronista—escríbeme nada menos que el *Ingenioso Hidalgo*—que un cierto caballero, no andante, sino de los que en la corte andan, desafiador de muertos, despojador de vivos y desfacedor de doncellas, que campea so el nombre de Don Juan Tenorio, dice, afirma y sostiene, por boca de vuesa merced, que él es, ha sido y será «*el alma española*»; y no quisiera yo que tal afirmación llegase á oídos de mi señora Dulcinea del Toboso, sin que también oiga decir y sepa que su enamorado Don Quijote de la Mancha no cede ni cederá jamás su puesto de primero en todo lo que sea acometer gigantes, desbaratar ejércitos, vencer vestiglos, realizar disparates no imaginados y sufrir las adversidades que aparejadas suelen traer consigo tales y tan espantables quimeras.

»Ponga el buen coronista en parangón las hazañas más con las de aquel por quien aboga, y verá que quien venció á Roldán en las locuras desahoradas, á Amadis en las melancólicas, á Palmerín en la discreción, en lo galán á Lituarte, en lo acometedor á Belianis, en lo intrépido á Perión de Gaula, en lo acometedor á Felixmarte de Hircaña, en lo sincero á Esplandian, en lo arrojado á Cirongillo de Tracia, en lo bravo á Rodamonte, en lo prudente al rey Sobrino, y en lo gallardo y cortés á Rugiero, puede y debe vencer á Don Juan Tenorio, si alguna vez éste se decide á salir á campo abierto, á pie ó á caballo, á ser desmentido por la gola por aquel á quien todo español debe imitar, por ser fiel y viva encarnación de toda una raza.»

Desde que fijé mis pecadores ojos en tal des-pacho, le di por contrahecho y apócrifo, no ya sólo por no llegar por el cable que al otro mundo logró tender con su maravillosa inventiva el gran Mariano de Cavia, sino aún por las mismas palabras de Cide Hamete Benengeli, quien, en la segunda parte de su obra portentosa, da á Don Quijote por muerto y sepultado «para que ninguno se atreva á levantarle falsos testimonios, pues los pasados bastan.» Cuanto más que el mismo caballero, llegado que fué al

postrero trance, reconoció ser todas las historias de caballerías embustes y embelecos, y abominó de la malicia ajena que supo acrecer la necedad propia, no sin antes decir á su escudero, como reconociendo que el ideal propio no era el de la España tradicional, sino el de la Humanidad futura: «Tú, por fin, Sancho, alcanzastes la prometida ínsula; pero yo, *post tenebras spero lucem.*»

¡España representada por Don Quijote! ¿Cuál? La España tradicional, hipócrita y descreída, mogigata y escéptica, está en el cura y el barbero, en el bachiller y en Don Diego de Miranda, en los duques y Altisidora, en el ventero y Ginesillo; si acaso, en Sancho y en Tomé Cecial. Don Quijote es precisamente lo contrario: es el ansia de regeneración y equidad jamás satisfecha; es el amor al bien puesto en solfa, es la lealtad, el valor, la cortesía, la generosidad, la virtud maltrecha por salteadores y cuadrilleros, escarnecida por nobles y labriegos, burlada por dueñas y pajes y apaleada por yangüeses; es la protesta airada contra todo lo convencional, lo ruín, lo deforme, lo hipócrita, encarnado en su siglo, en el siglo de las guerras estériles y de las expoliaciones de la nobleza, de los expurgos y las gajeras, de las excomuniones y de la bula *Sí*

*quis suadente diábolo*, de los retablos de maese Pedro y de las rondas de la Santa Hermandad.

No será tampoco la España de ahora. ¿Cómo puede representar al jesuíta quien le reprochaba entrarse á troche y moche por las casas ajenas á gobernar á sus dueños? ¿Cómo al falso patriota quien censuró que los pueblos armasen pendencia por pequeñas é injustas causas? Podrá nuestro orgullo hacernos creer que somos todos descendientes directos de Quijano, porque acometía temerarias empresas, como si quienes aquí las acometen fueran ellos á realizarlas y no mandaran á Sancho por delante. Podremos echarlo todo á doce, imaginando que es la temeridad y la brabuconería la nota de aquel carácter que Ticknor y Braadford calificaron de prudente; creemos que basta buscar aventuras para ser caballero andante, sin llevar so la celada el juicio sereno y bajo el peto el sentimiento de la justicia. Pero así, despreciándolo todo, dudando de todo, arrojándolo todo, se es Tenorio ó Mañara, no se es Quijano. A lo sumo se emula en la gallardía al caballero de los espejos y en la prudencia al del verde gabán; jamás á quien combatiendo por la razón, luchando siempre por la verdad y la justicia, menospreciando burlas y

donaires por su inmaterial Dulcinea, en la España clerical y monárquica, servil y analfabeta, convertida por validos y frailes en yermo, se retira vencido.

¡Don Quijote, representante del siglo de los Felipes, de los validos codiciosos y de los corrompidos soldados de Flandes, de los familiares del Santo Oficio y los hidalgos de gotera! ¡Quijano, encarnación de los cortesanos de Gil Blas y las doncellas de la Tía Fingida, de Monipodios y Maniferros, Rinconetes y Cortadillos, Lazarillos y Dómines Cabral! ¡El amante platónico de Dulcinea, intérprete de las aspiraciones de Don Pablos de Guzmán de Alfarache, y los no menos pícaros Olivares y Lernas! ¡El caballero de los leones, alma del siglo de Narváez y González Bravo, de Silvela y de Nocedal, de las quintas y los consumos, de las leyes de represión y del escepticismo erigido en sistema! Escuchando propósitos tales, ver me figuro al nunca bien ensalzado caballero alzarse sobre los estribos, mudada la color, centelleantes los ojos, abrazada la adarga y rebosante la cólera en su rostro cetrino, para decir:—¡Viven los cielos, donde más altos están, que no os he de pasar, malandrines, tan inusitado é injusto agravio! Yo soy el paladín de quienes padecen opresión é injusticia, el enderezador de to-

dos los entuertos, el protector de todos los débiles, el vengador de todas las ofensas, mas no el alma de una sociedad y de un siglo que así me desdoran. ¿A mí folloncicos? ¿A mí bergantes? ¿Cobardes é hipócritas á mí? Yo soy el alma de la España futura. Pero de aquí nadie sea osado á sacarme. El alma de la sociedad que pasó, es Tenorio; el alma mezquina de la presente, sólo es Pantoja.

---

## CESANTIAS

---

No quiero para tí, amado Teótimo, la triste y desabrida malaventura de caer de un andamio. Con todo, si cayeres, bien podré jurar que, aun en la contingencia de salvar la pelleja, has de verte maltrecho, incapaz de toda faena y sin otro recurso que el que la industria propia ó la ajena blandura y caridad te depare. Si, por tu mal, fueres abogado, que es lo peor que acaecerte pudiera, ó albéitar, ó aun doctor por la misma Sorbona, llegado que hayas á la edad en que tórnase el cuerpo cárcel de humores y el ánima albergue de quejumbres, te hallarás á merced de la necesidad y la humillación, los dos grandes ensalmos que, en sentir de los místicos, abren la mansión de los patriarcas. Finada la labor acabará el beneficio, según el vulgar y desconsolador, pero cierto, proverbio que establece, contra todas las previsiones de la moderna sociología, que aquel que no trabaja no manduca.

Muy otro será tu destino si, por tu ventura, fueres llamado por el rey á los consejos de la corona. Seis meses de labor bastarán á depararte treinta ó cuarenta mil reales de cesantía. Semejante en ello nada menos que á Jehová, podrás descansar después de haber pronunciado el *hágase* sobre el balduque y el papel de barba. Aunque vivas más años que Cheste, percibirás con puntualidad mensualmente las pesetas del ala. Llegado el postrero trance tendrán tus afligidos parientes con qué pagar los clísteres y emolientes y aun la propia bendición apostólica.

Tal diferencia tiene una explicación clara y completa. Quien sirve á un particular, acabado el servicio, puede morir de hambre; quien trabaja para el Estado, no. Lo que es potestativo en uno, ha de ser obligatorio á todos, cuanto más que en esos *todos* hay unos que pagan y otros que cobran. La reunión de muchos ruines constituyen, por arte de encantamiento, un pródigo. Los ciudadanos, que separados no son capaces de procurar á un infeliz el pan, juntos se creen obligados á asegurar á los opulentos la cecina. Y no es esto lo más notable, sino que el Estado, que puede dejar bonitamente por puertas á un humilde empleado que no cumplió el tiempo de la jubilación, no

exige sino la posesión de una cartera durante varios meses, para mostrarse generoso precisamente con quienes menos lo necesitan.

Ya me parece estar oyendo lo que dirás para tu sayo. Todos, cual más cual menos, servimos al Estado en la medida de nuestras fuerzas. Aun pudiera decirse que le sirve mejor el obrero que abre una alcantari-lla, que el consejero osado que nos empeña en una guerra temeraria; el peón que compone una carretera, que quien firma un tratado ruinoso; el escritor que difunde una máxima de virtud, que quien arruina con el impuesto comarcas enteras; el sabio que remedia una enfermedad ó crea un adelanto, que el ministro incapaz por cuyas culpas el pan se encarece, el campo se hace yermo, el crimen queda impune y la verdad es hollada en sus más santos fueros. Dirásme también que todo socorro, por serlo, ha de limitarse á lo necesario y nunca extenderse á lo superfluo, que, así, toda pensión cuantiosa es injusta, que la limosna ha de discernirse á quien carece de ocupación y no á los fuertes y robustos; que quien dispone de grandes prebendas viene obligado á ser precavido por el ahorro, imposible al que sólo disfruta de un jornal miserable, y que, en definitiva, hay muchas gentes cul-

tas, activas, inteligentes, desapasionadas, que desean desempeñar una cartera sin estipendio, en tanto que no hay una sola que sueñe con los vales de trabajo de Valle Hermoso y las delicias de una jornada de catorce horas al aire libre con la recompensa de dos pesetas en calderilla.

¡Válame Dios y cuán ciego es el que no ve por tela de cedazo! Tú quisieras para tí la satisfacción del deber cumplido y además una linda nómina á título de privilegio. Desearías encontrar la recompensa del propio esfuerzo y, por añadidura, una suma cuantiosa en metálico. Amar el trabajo y la virtud por sí mismos y luego llenar la alacena; ser á un tiempo Sócrates y Melito, Laís y Juvenal, Zenón y Epicuro; esgrimir á un compás la varita de las virtudes y el caduceo de las concupiscencias; calzar el coturno de la austeridad y el zueco del vicio. Eso no puede ser, amado Teótimo. La virtud lleva la recompensa en sí misma. Es la corrupción, la apostasía, el error, la maldad, la que necesita de tesoros y joyas para tolerarse á sí propia. Por eso el sabio, el artista, el creador de ideas y de cosas, no necesita llegado á la vejez ó al agotamiento, de cesantías ni pensiones. Su premio está en las cosas mismas; en las verdades que difundió, en las obras á que co-

municó su espíritu, en los trabajos que al par que encallecieron sus manos, forjaron su alma recia en el troquel de los hombres libres. Es el corruptor, el ocioso, el concupiscente, el hombre funesto, quien necesita ver en sus manos los dineros de Judas para saber que es hombre y para conocer que ha vivido.

Por eso Cincinato no quiere prefeas; por eso las desdeñan Pelayo y Wamba; por eso las rechaza el gran Washington. ¡Pero los explotadores de pueblos, los conculcadores de soberanías, los corruptores de conciencias, los derrochadores de sangre ajena! Esos necesitan poder, riquezas, honores, algo que les haga olvidar que frustraron toda una vida, que se hicieron á sí mismos odiosos y que no dejaron tras sí otra huella que la que pueden trazar las lágrimas.

Puede el albañil caído del andamio implorar la limosna ajena, pero al estrechar la mano de un camarada sabrá que ese afecto es sincero, y en su misma mutilación conocerá que pudo, al pasar por el mundo, llegar á ser útil á los demás. Pero el consejero venal, el ministro despótico, el gobernante inepto, el poderoso sin conciencia, también necesita saber que ha hecho algo en el planeta, y si no fuera por la cesantía, ¿en qué diantre lo iba á conocer?



## ADIVINOS

---

*La alondra.*—¡Qué frío! Mi plumón se cubre de escarcha y siento que traspasa mis huesos el hielo de la niebla. ¿Cuándo amanecerá?

*El ánade.*—Ya llega el alba. Mira cómo blanquea el horizonte; pronto se unguirá de amaranto esa nubecilla que flota sobre el lago. Pero no podré saludar el día desde las aguas, cubiertas de témpanos. ¡Si hoy pudiera quebrantarlas el sol!

*El gusano.*—¿Quién se queja? ¿Quién salmodia melancolías? Hacéos en el limo un alcázar, garfead en las ciénagas, ahondad en el fango, como los hierros del gánguil. Allí está el calor y la sensación voluptuosa. ¿Queréis volar muy alto, haceos un nimbo con rayos de luna, escrutar las constelaciones que parpadean, mirar al sol de frente? Aletead á vuestro donaire. Pero, sabedlo: la idealidad es fría.

*El ánade.*—No: es tibia, es dorada, es consoladora.

*La alondra.*—Allá abajo, sobre la escarcha, ¿no véis?, hay un bulto rígido.

*El gusano.*—¿Rastrea?

*El ánade.*—No.

*El gusano.*—Entonces no vive. Corre y dime si es algo infecto. Iré allí con mi compañera á mejorar la especie.

*La alondra.*—Es una mujer muerta. Tiene alzados los párpados sobre el esmeril de los ojos sin luz. Los dedos muestran su crispatura como encarrujamiento de agonía.

*El ánade.*—Muerta en la primavera, hubiera vertido sobre ella el granado randas de pétalos, y el almendro haldadas de flores.

*El gusano.*—Dejadla: es mía.

*La alondra.*—¿Por qué?

*El gusano.*—¿Queréis saber su historia? Esa mujer era linda y feliz. Una vez pasó cerca de mi escondrijo. Yo mismo ví cómo su pie menudo aplastaba á mis crías. Iba á su lado un mocetón apuesto, insinuante, de ojos grandes como flores de endrino y brillantes como lurciérnagas. Detrás de los amantes renqueaban dos viejos, embelesados en sus juegos. Andaba el galán firme y seguro; su paso mostraba su reciedumbre. La enamorada hollaba el suelo apenas, no se sabía si el eco de sus pasos era rumor de plantas de mujer ó de crías de duende. La marcha desigual de los padres recordaba la

isocronía del viejo péndulo en desnivel.

*La alondra.*—Es verdad. Yo también les he visto tejer arras de espigas y anillos nupciales de juncos. Por eso preludiva mi epitalamio.

*El gusano.*—Por eso serán míos. Cuando se ama, se muere.

*El ánade.*—Luego, un día vinieron solos. Se acercaron al lago, y ella me arrojaba semillas y cerezas. Después lloró, y él, sujetándola por la nuca, le dió un beso en la boca, largo, muy largo. Tuve tiempo de alisar al sol mi plumaje.

*La alondra.*—¿Y qué más?

*El gusano.*—Nadie lo sabe. Pero yo os lo diré, porque he registrado muchas fosas y soy adivino. Los viejos murieron de pena, y él la abandonó. Al canto de Tíbulo sucedió la ironía de Nason. Se vió perdida y se arrojó al torrente del vicio. De allí salió con el alma maculada y el cuerpo marchito. Al fin, ya lo véis, ha venido á morir al teatro de su efímero triunfo. La noche la ha sorprendido hambrienta y fatigada y se ha desplomado en ese fango que antes aplastaba orgullosa.

*La alondra.*—No, no es esa su historia. Yo he escudriñado muchos nidos y sé mejor que tú adivinar lo imperscrutable.

*El gusano.*—Cuenta.

*La alondra.*—Cuando ella se vió abandonada, lloró. Lloró tanto como esas gárgolas que, en las iglesias derrumbadas, parecen destilar en las noches de niebla el llanto pausado de la perdida fe. Después resignóse y fué buena. Trabajando con ansia y fervor noche y día, sólo tuvo un propósito: redimirse. Quería allegar un pequeño tesoro para buscar el sitio en que sus ofendidos viejos reposaban su sueño místico y adorar aquella sepultura recubierta de musgo y oreada por jirones de niebla trémulos. Quería arrodillarse allí, para depositar temblorosa el premio de todas sus ansias, el fruto de todos sus desvelos, para morir al fin con las manos cruzadas, cerca, muy cerca de sus viejecitos.

*El gusano.*—¿Tú qué sabes?

*El ánade.*—Calla: tú hablas como gusano y ella como alondra.

*La alondra.*—Pero un día supo que, muy cerca de allí, su seductor desfallecía de desesperación y de angustia. Había dispuesto de una suma que no era suya; tenía que devolverla antes de salir el sol, y si no acertaba á cumplir tal designio su crimen sería descubierto y él deshonorado para siempre. Entonces, todas las memorias de la triste reverdecieron, todas sus glorias de adolescente fueron evocadas. Sintió sobre

su corazón la opresión tierna del pecho del infame, y en sus labios el áscua de aquel beso tan largo, tan largo, que el ánade pudo, mientras duraba, alisar sus plumas. Quiso devolverle honor por infamia y amor por olvido. Abrió su cajita de sándalo, sacó de ella las pequeñas monedas y le pareció hallar sonrisas en sus exergos; recogió los papelillos policromos que representaban tanta labor y creyó hallar ósculos en sus cuidadosos dobleces. Había que partir, llegar con el alba; lo exigía la salvación de su propio verdugo. Y emprendió la jornada por el mismo camino en donde tantas veces, escuchando mi melopea, aplastó á un tiempo mismo gusanos y clemátidas con sus pies menuditos como crías de duende.

*El gusano.*—¡Oh, imaginación; por tí somos ciegos!

*El ánade.*—¡Oh, bondad; por tí somos salvos!

*La alondra.*—La noche era oscura y el cierzo frío. Caminó durante mucho tiempo guiándose en la sombra por adivinación, por instinto, y perdió la senda finalmente. Después de tres horas de marcha, sintió el invencible deseo de arrojarle sobre el ribazo, en donde bordoneábais un casi imperceptible rumor tú y los tuyos. Mas la noche daba en la cúpula estrellada su vuelta

solemne, y un gallo modulaba muy lejos su marcial égloga. Había que llegar; llegar antes del alba. Y un frío mortal, un desfallecimiento supremo, apoderóse de la infeliz en el total silencio de la noche augusta.

*El ánade.*—¿Y no llegó por fin?

*La alondra.*—No llegó; ya lo ves. Allí yace tendida como una Mireya del frío. Para ella, la muerte; para el miserable, la infamia. ¿Y qué menos?

*El gusano.*—¡Pscht! No está mal. Tienes portentosa facundia. No has abusado del adjetivo. Hay ambiente; hay algo...

*Voces lejanas.*—¡El sol! Mirad cómo se eleva y derrama en haces la luz. ¡El valle, la montaña, el lago, todo se funde en oro! El disco del astro se eleva. ¡Es la consagración del día!

*El ánade.*—La Naturaleza siente en su frente el espasmo de un beso. Voy á alisar mis alas.

*El gusano.*—Yo me retiro al fango, adentro, muy adentro, á lo más hondo, á donde toman las raíces su savia. Voy á la tierra madre.

*La alondra.*—Yo, á la luz. ¡Arriba muy arriba!